

CARTA APOSTOLICA "IMPENSIORE CARITATE" (*)

(28-X-1951)

A LOS OBISPOS DE CHECOESLOVAQUIA

PIO PP. XII

Venerables Hermanos y Amados Hijos: Salud y bendición apostólica

AAS 1. **El catolicismo perseguido en Che-**
 43 **coeslovaquia.** Nuestro afecto se dirige
 768 más intensamente a aquellos que se
 encuentran en condiciones difíciles y
 penosas, sobre todo cuando se derivan
 de su tenaz fidelidad y ardiente amor
 al divino Redentor y a la Iglesia fun-
 dada por El. Nos entristece profunda-
 mente saber que estáis en tan dolorosa
 condición. Nos es conocido, en efecto,
 que la Religión católica —lo más glo-
 769 rioso que hay en vuestra historia, la
 más apropiada para promover la con-
 cordia, para consolidar la paz, para
 fomentar la caridad y la justicia, para
 tutelar la dignidad humana y dar in-
 cremento a la civilización— al presen-
 te está privada, a pesar de eso, de su
 libertad legítima o es de tal modo im-
 pedida por dificultades de todo gé-
 nero, que le hacen casi imposible
 ejercer todas sus funciones, dar nor-
 mas en público y en privado, hacer
 sentir abiertamente su benéfico influ-
 jo en las almas de los individuos, en
 las familias, en la escuela y en to-
 das las clases sociales, con suma ven-
 taja del bien público. Sabemos que
 hay entre vosotros, los Obispos, algu-
 nos que han sido encarcelados o con-
 ducidos a campos de concentración o
 retenidos en sus mismas sedes o final-
 mente, sometidos a incesante vigilan-
 cia y control aun en el ejercicio de sus
 funciones propias.

2. No son "peligrosos enemigos del
 Estado" porque se mantienen fieles a la

fe. La Religión favorece el patriotismo.

En estas mismas tristísimas condiciones se encuentran centenares y centenares de sacerdotes, de religiosos y de reli-
 giosas y un gran número de seglares, que son considerados peligrosos ene-
 migos del Estado justamente porque se atienen con firmeza a las normas de la
 Iglesia católica, las defienden con for-
 taleza y se esfuerzan por practicarlas. Pero esto se vuelve en gloria suya y no
 en deshonor; la doctrina cristiana, en efecto, cuando no está mezclada con
 errores, no obstaculiza el bien de los ciudadanos, de los pueblos y de las
 naciones, sino que más bien cimienta y refuerza los principios fundamenta-
 les del consorcio humano, regula justamente los deberes y los derechos, a
 la vez que, salvaguardando la libertad de todos, les llama y conduce a una
 pacífica y tranquila prosperidad bajo los auspicios de la verdadera justicia.
 Los católicos, sin duda, a nadie son inferiores en el amor patrio, en la
 observancia de las leyes y en el respeto a las autoridades públicas, con tal
 de que nada les sea mandado en oposición a su conciencia cristiana y a los
 derechos de Dios y de la Iglesia. Si se busca el verdadero bien de la nación,
 aquéllos no deben ser por eso obstaculizados ni castigados contra justicia
 por su fiel adhesión a la religión de sus abuelos, sino que deben tener la
 posibilidad de profesar en público y

(*) A. A. S. 43 (1951) 768-772. Versión de "Criterio" (Bs. Aires) Año 24, N° 1155, pág. 19-20.

libremente su fe y su modo de pensar, de vivir y de enseñar. Y cuando éstos se esfuerzan por obrar en este sentido, aunque sobre ellos pese la amenaza de gravísimos peligros, atraen la admiración, no sólo de todo el mundo católico, sino de toda persona honesta.

3. Defensa y educación de la infancia dentro de las normas cristianas.

Lo que en mayor medida tiene ansioso a Nuestro corazón es que se usen todas las artes para que los jóvenes y los niños sean excitados al abandono de la fe y de la moral cristiana y se vean privados de aquellos principios y de aquellas normas que deben informar esta tierna edad y que constituyen la salvaguardia de su inocencia, el alimento de la virtud y la condición para no ser ciudadanos indignos del nombre cristiano. Ved, Venerables Hermanos y Amados Hijos, cuán grande es la importancia del tema que tocamos; si la juventud no avanza por el recto sendero, sino que, privada de la luz
 770 que viene de lo alto, se deja atraer por las lisonjas de las pasiones, el daño terminará por herirles no solamente a ellos mismos, sino también a vuestras futuras generaciones. Por eso, habrá que llevar a cabo todo esfuerzo para que se impida una calamidad funestísima de este género y para que la infancia crezca sana e íntegra en las costumbres y sea diligentemente educada según las normas de la doctrina cristiana, únicas que pueden preservarla inmune de tantos males y excitarles a la virtud. Sobre todo exhortamos vivamente a los padres y madres de familia para que en esta materia no perdonen cuidados ni fatigas, ya que les toca sobre todo a ellos, en estas condiciones, el deber de suplir con toda diligencia la obra que los sacerdotes y los maestros están impedidos de llevar a cabo.

4. Intentos de apartar a los fieles de la Sede Apostólica y confianza del

Papa en su fortaleza. Otra cosa todavía aflige Nuestro ánimo. Nos es conocido cómo se busca con acusaciones bajo falsas apariencias de verdad o con abiertas calumnias apartar a los fieles de la Iglesia católica y, si fuese posible, de su centro; es decir, de esta Sede Apostólica. El Romano Pontífice es presentado como enemigo de vuestro pueblo, cuando, por el contrario, es Padre amorosísimo de él, y se llega hasta el punto de acusarle de preparar una nueva y más grave guerra, cuando él, después de haber hecho toda clase de esfuerzos para aliviar las miserias y los dolores del último conflicto, no deja de escapar ocasión en el presente para promover entre todos los pueblos la fraternidad y la paz.

Sin embargo, que no haya nadie, Venerables Hermanos y Amados Hijos, que pierda el ánimo en medio de estas gravísimas angustias; en primer lugar, no se dejen abatir los sagrados pastores, a los que toca particularmente, por deber impuesto por Dios, alimentar la fe de la propia grey, sostener su virtud y consolidar cada vez más el vínculo de unión que la liga a esta Sede Apostólica. Otras veces ya en el curso de los siglos vuestra gente ha superado borrascosos peligros; más de una vez vuestros mayores se encontraron en la necesidad de elegir entre el martirio sostenido con fortaleza y la traición de la fe de los antepasados; sin embargo, mantuvieron con ánimo invicto la fe católica y frecuentemente derramaron hasta su propia sangre por ella. Bien conocidas os son las antiguas y gloriosas tradiciones de vuestras poblaciones; emuladlas con ánimo impertérito, cifrando la firme esperanza en que, ahuyentados los errores y restituida la debida libertad a la Iglesia, finalmente se propongan a la admiración universal los ejemplos de fidelidad y de fortaleza. Recordad, sobre todo, que si los hombres pueden quitaros la libertad, someteros a tormentos, exponeros al desprecio público, lanzaros a la cárcel,

condenaros incluso a la muerte, no pueden, sin embargo, desarraigar la fe católica de vuestros ánimos ni manchar vuestra conciencia. Podrán hacer mártires, si quieren; pero no podrán hacer traidores de la Religión cristiana —como esperamos y pedimos a Dios con 771 Nuestras oraciones—, con tal de que todos, con firmísima voluntad, sean perseverantes en la obediencia a las leyes de Dios y de la Iglesia.

5. Invocación de los Santos Patrones. Que os asistan en los presentes peligros aquellos santos del cielo que forman la gloria de vuestros pueblos; los SANTOS CIRILO y METODIO, que, como se Nos ha transmitido por la tradición, después de tantas fatigas y larguísimas peregrinaciones, consiguieron llevar la luz del Evangelio a vosotros y a los restantes pueblos eslavos; SAN ADALBERTO, que fecundó vuestras tierras con sus sudores apostólicos y constituye en todo tiempo un ejemplo refulgente de fidelidad a la Sede Apostólica; SAN JUAN NEPOMUCENO, que, por la defensa de los derechos de la Iglesia y la custodia del siglo sacramental, sufrió con heroica fortaleza el martirio; los *mártires de Cassovia*, solemnemente beatificados por Nuestro predecesor, el Beato Pío X, como fortísimos atletas de Cristo; SAN WENCESLAO, que confirmó su fe con la sangre, y su abuela, SANTA LUZMILA que, en este grave momento, constituye para las madres de familia un ejemplo de fortaleza de alma en la educación cristiana de su prole, y, en fin, innumerables otros que brillaron entre vosotros por el esplendor de la santidad.

6. Imploración y protección de la Santísima Virgen. Pero en primer lugar, que os asista benignamente con su poderoso patrocinio la Virgen Madre de Dios, que lo mismo que lo fue en el pasado y es en el presente será

sin duda, también en lo futuro defensa segurísima de vuestras gentes. Ella, que es honrada por vosotros en tantos santuarios con ardiente piedad, Madre amorosísima como es, no dejará de obteneros de su Hijo unigénito las ayudas necesarias de que tanto necesitáis en las dificultades de estos tiempos. Ya otras veces lo hizo; Nos le suplicamos que ya que es invocada con tantas plegarias, quiera hacerlo también en nuestra época, en la que no son de menor gravedad los males y los asaltos de los impíos contra la Religión, que mantienen ansioso Nuestro ánimo; que en todas partes sea restituida a la Iglesia la libertad debida, de la que ella se sirve para promover el progreso de la misma sociedad civil y para consolidar sus fundamentos; que los que, por defender la propia fe, han sido arrojados a la cárcel, los que viven en los campos de concentración puedan finalmente retornar a sus casas y llevar allí una vida tranquila en el libre ejercicio de su Religión propia; que pueda volver aquella paz y aquella concordia de los ciudadanos y de todos los pueblos que reconocen a la Iglesia santa, a las naciones, a cada una de los individuos sus derechos y su dignidad. Esta verdadera paz, fundada en la verdad, en la justicia, en la caridad y que JESUCRISTO vino a traer a los *hombres de buena voluntad*⁽¹⁾; sonría lo antes posible para vosotros y para todos los hombres.

Para alcanzar en unión de oración 772 estos fines exhortamos el pasado mes de septiembre al mundo católico por medio de la carta *Encíclica "Ingruentium malorum"*⁽²⁾; ahora, de modo particular, por medio de esta carta, Nos dirigimos a vosotros, Venerables Hermanos y Amados Hijos, para invitaros paternalmente a implorar el patrocinio de la Virgen Madre de Dios, mientras que por Nuestra parte, en estas graves circunstancias, no dejaremos de supli-

(1) Luc. 2, 14.

[2] Pío XII Encíclica *Ingruentium Malorum*,

15-IX-1951, A. A. S. 43 (1951) 477-582; en esta Colección: Encicl. 202, pág. 1900-1903.

car a nuestra amorosísima Madre MARÍA que nos conceda divinos consuelos y copiosísimas ayudas. Que el divino Redentor, sin el cual nada es posible y con el cual nos es posible todo, suplicado por su Madre, secunde cuanto antes en su infinita misericordia Nuestras plegarias y Nuestros votos, a los que se añadan las súplicas vuestras y las de todo el mundo católico.

7. Unión de plegarias y Bendición Apostólica. Sabed que Nuestra ardiente caridad y Nuestro paterno ánimo está todos los días junto a vosotros y que vuestras penas y vuestros dolores

son acogidos benévolamente por Dios, que los cambia en lluvia de gracias celestes.

Entre tanto, como auspicio de los divinos favores y como prenda de Nuestra particularísima benevolencia, a vosotros todos, Venerables Hermanos y Amados Hijos, y especialmente a los que *sufren persecución por la justicia*⁽³⁾, os impartimos con efusión de corazón la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 28 de octubre de 1951, fiesta de Cristo Rey, año 13 de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.

(3) Mat. 5, 10.